Sociología
y
política

TIEMPO PASADO

Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión

por

Beatriz Sarlo

Sarlo, Beatriz
Tiempo pasado : cultura de la memoria y primera persona - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo XXI Editores Argentina, 2005.
250 p. ; 21x14 cm. (Sociología y política)

ISBN 987-1220-22-7

1. Sociología Política I. Título
CDD 306.2.

Portada: Peter Tjebbes

ISBN 987-1220-22-7

Impreso en 4sobre4 S.R.L.
José Mármol 1660, Buenos Aires,
en el mes de septiembre de 2005

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina - Made in Argentina

ÍNDICE

1. Tiempo pasado

El pasado es siempre conflictivo. A él se refieren, en competencia, la memoria y la historia, porque la historia no siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo (derechos de vida, de justicia, de subjetividad). Pensar que podría darse un entendimiento fácil entre estas perspectivas sobre el pasado es un deseo o un lugar común.

Más allá de toda decisión pública o privada, más allá de la justicia y de la responsabilidad, hay algo intratable en el pasado. Pueden reprimirlo sólo la patología psicológica, intelectual o moral; pero sigue allí, lejano y próximo, acechando el presente como el recuerdo que irrumpe en el momento menos pensado, o como la nube insidiosa que rodea el hecho que no se quiere o no se puede recordar. Del pasado no se prescinde por el ejercicio de la decisión ni de la inteligencia; tampoco se lo convoca simplemente por un acto de la voluntad. El regreso del pasado no es siempre un momento liberador del recuerdo, sino un advenimiento, una captura del presente.

Proponerse no recordar es como proponerse no percibir un olor, porque el recuerdo, como el olor, asalta, incluso cuando no es convocado. Llegado de no se sabe dónde, el

recuerdo no permite que se lo desplace; por el contrario, obliga a una persecución, ya que nunca está completo. El recuerdo insiste porque, en un punto, es soberano e incontrolable (en todos los sentidos de esa palabra). El pasado, para decirlo de algún modo, *se hace presente*. Y el recuerdo necesita del presente porque, como lo señaló Deleuze a propósito de Bergson, el tiempo *propio* del recuerdo es el presente: es decir, el único tiempo *apropiado* para recordar y, también, el tiempo del cual el recuerdo se apodera, haciéndolo *propio*.

Del pasado puede no hablarse. Una familia, un estado, un gobierno pueden sostener la prohibición; pero sólo de modo aproximativo o figurado se lo elimina, excepto que se eliminen todos los sujetos que van llevándolo (ese fue el enloquecido final que ni siquiera logró la matanza nazi de los judíos). En condiciones subjetivas y políticas "normales", el pasado siempre llega al presente. Esta obstinada invasión de un tiempo (entonces) sobre otro (ahora) irritó a Nietzsche, que lo denunció en su batalla contra el historicismo y contra una "historia monumental" represora de los impulsos del presente.

Una "historia crítica", por el contrario, que "juzga y condena", es la que correspondería a "aquel a quien una necesidad presente oprime el pecho y que, a toda costa, quiere liberarse de esa carga".[1] La denuncia de Nietzsche (que escuchó Walter Benjamin) se dirigía contra posiciones de la

[1] Friedrich Nietzsche, *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, Madrid, Edaf, pp. 56-58.

historia traducidas en poder simbólico y en una dirección sobre el pensamiento. La historia monumental ahogaba el impulso "ahistórico" de producción de la vida, la fuerza por la cual el presente arma una relación con el futuro y no con el pasado. La diatriba nietzscheana contra el historicismo, articulada en el contexto de sus enemigos contemporáneos, también hoy puede hacer valer su alerta.

Las últimas décadas dieron la impresión de que el imperio del pasado se debilitaba frente al "instante" (los lugares comunes sobre la posmodernidad con sus operaciones de "borramiento" repican el duelo o celebran la disolución del pasado); sin embargo, también fueron las décadas de la museificación, del *heritage*, del pasado-espectáculo, las aldeas potemkin y los *theme-parks* históricos; lo que Ralph Samuel designó como "manía preservacionista";[2] el sorprendente renacer de la novela histórica, los best-sellers y los films que visitan desde el siglo XIX hasta Troya, las historias de la vida privada, a veces indiscernibles del costumbrismo, el reciclado de estilos, todo eso que Nietzsche llamó, con irritación, la historia de los anticuarios. "Las sociedades occidentales están viviendo una era de auto-arqueologización", escribió Charles Maier.[3]

[2] Ralph Samuel, *Theatres of Memory*, Londres, Verso, 1996 (1994), p. 139. Samuel escribió un libro pionero en el cambio de foco de la historia de circulación pública, es decir, la que excede el recinto académico.

[3] *The Unmasterable Past; History, Holocaust, and German National Identity*, Cambridge (Mass.) y Londres, Harvard University Press, 1988, p. 123.

Este neohistoricismo deja disconformes a los historiadores y a los ideólogos, como la historia natural victoriana dejaba disconformes a los evolucionistas darwinianos. Indica, sin embargo, que las operaciones con la historia entraron en el mercado simbólico del capitalismo tardío con tanta eficacia como cuando fueron objeto privilegiado de las instituciones escolares desde fines del siglo XIX. Cambiaron los objetos de la historia, de la académica y de la de circulación masiva, aunque no siempre en sentidos idénticos. De un lado, la historia social y cultural desplazó su estudio hacia los márgenes de las sociedades modernas, modificando la noción de sujeto y la jerarquía de los hechos, destacando los pormenores cotidianos articulados en una poética del detalle y de lo concreto. Del otro, una línea de la historia para el mercado ya no se limita solamente a la narración de una gesta que los historiadores habrían ocultado o pasado por alto, sino que también adopta un foco próximo a los actores y cree descubrir una verdad en la reconstrucción de sus vidas.

Estos cambios de perspectiva no podrían haber sucedido sin una variación en las fuentes: el lugar espectacular de la historia oral es reconocido por la disciplina académica que, desde hace varias décadas, considera completamente legítimas las fuentes testimoniales orales (y, por momentos, da la impresión de que las juzga más “reveladoras”). Por su parte, historias del pasado más reciente, sostenidas casi exclusivamente en operaciones de la memoria, alcanzan una circulación extradisciplinaria que se extiende a la esfera pública comunicacional, la política y, a veces, reciben el impulso del estado.

Vistas de pasado

Las “vistas de pasado” (según la fórmula de Benveniste) son construcciones. Precisamente porque el tiempo del pasado es ineliminable, un perseguidor que esclaviza o libera, su irrupción en el presente es comprensible en la medida en que se lo organice mediante los procedimientos de la narración y, por ellos, de una ideología que ponga de manifiesto un *continuum* significativo e interpretable de tiempo. Del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro. Se recuerda, se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato, de personajes, de relación entre sus acciones voluntarias e involuntarias, abiertas y secretas, definidas por objetivos o inconscientes; los personajes articulan grupos que pueden presentarse como más o menos favorables a la independencia respecto de factores externos a su dominio. Estas modalidades del discurso implican una concepción de lo social, y eventualmente también de la naturaleza. Introducen una tonalidad dominante en las “vistas de pasado”.

En las narraciones históricas de circulación masiva, un cerrado círculo hermenéutico une la reconstrucción de los

hechos con la interpretación de sus sentidos y garantiza visiones globales, aquellas que, en la ambición de los grandes historiadores del siglo XIX, fueron las síntesis que hoy se consideran a veces imposibles, a veces indeseables y, por lo general, conceptualmente erróneas. Si, como dijo hace ya cuarenta años Hans-Robert Jauss, nadie se propondría escribir la historia general de una literatura, como fue el proyecto de los filólogos e historiadores del XIX, las historias no académicas, dirigidas a un público formado por no especialistas, presuponen siempre una síntesis.

Las reglas del método de la disciplina histórica (incluidas sus luchas de poder académico) supervisan los modos de reconstrucción del pasado, o, por lo menos, consideran que ése es un ideal epistemológico que asegura una aceptable artesanía de sus productos. La discusión de las modalidades reconstructivas es explícita, lo cual no quiere decir que a partir de ella se alcance una historia de gran interés público. Eso más bien depende de la escritura y de temas que no sólo llamen la atención de los especialistas; depende también de que el historiador académico no se empecine en probar de modo obtuso su aquiescencia a las reglas del método, sino que demuestre que ellas son importantes *precisamente* porque permiten hacer una historia mejor.

La historia de circulación masiva, en cambio, es sensible a las estrategias con que el presente vuelve funcional el asalto del pasado y considera que es completamente legítimo

ponerlo en evidencia. Si no encuentra respuesta en la esfera pública actual, ha fracasado y carece completamente de interés. La modalidad no académica (aunque sea un historiador de formación académica quien la practique) escucha los sentidos comunes del presente, atiende las creencias de su público y se orienta en función de ellas. Eso no la vuelve lisa y llanamente falsa, sino conectada con el imaginario social contemporáneo, cuyas presiones recibe y acepta más como ventaja que como límite.

Esa historia masiva de impacto público recurre a una misma fórmula explicativa, un principio teleológico que asegura origen y causalidad, aplicable a todos los fragmentos de pasado, independientemente de la pertinencia que demuestre para cada uno de los fragmentos en concreto. Un principio organizador simple ejerce su soberanía sobre acontecimientos que la historia académica considera influidos por principios múltiples. Esta reducción del campo de las hipótesis sostiene el interés público y produce una nitidez argumentativa y narrativa de la que carece la historia académica. No sólo recurre al relato sino que no puede prescindir de él (a diferencia del abandono frecuente y deliberado del relato en la historia académica); por lo tanto, impone unidad sobre las discontinuidades, ofreciendo una "línea de tiempo" consolidada en sus nudos y desenlaces.

Sus grandes esquemas explicativos son relativamente independientes de la materia del pasado sobre la que imponen una línea superior de significados. La potencia organi-

zadora de estos esquemas se alimenta del "sentido común" con el que coincide. A este modelo también respondieron las "historias nacionales" de difusión escolar: un panteón de héroes, un grupo de excluidos y réprobos, una línea de desarrollo unitario que conducía hasta el presente. La quiebra de la legitimidad de las instituciones escolares en algunos países, y la incorporación de nuevas perspectivas y nuevos sujetos, en otros, afectaron también las "historias nacionales" de estilo tradicional.

Las modalidades no académicas de escritura encaran el asalto del pasado de modo menos regulado por el oficio y el método, en función de necesidades presentes, intelectuales, afectivas, morales o políticas. Mucho de lo escrito sobre las décadas de 1960 y 1970 en la Argentina (y también en otros países de América Latina), en especial las reconstrucciones basadas en fuentes testimoniales, pertenece a ese estilo. Son versiones que se sostienen en la esfera pública porque parecen responder plenamente las preguntas sobre el pasado. Aseguran un sentido, y por eso pueden ofrecer consuelo o sostener la acción. Sus principios simples reduplican modos de percepción de lo social y no plantean contradicciones con el sentido común de sus lectores, sino que lo sostienen y se sostienen en él. A diferencia de la buena historia académica, no ofrecen un sistema de hipótesis sino certezas.

Estos modos de la historia responden a la inseguridad perturbadora que causa el pasado en ausencia de un principio explicativo fuerte y con capacidad incluyente. Es cierto que las modalidades comerciales (porque esa es su circulación en las sociedades mediatizadas) despiertan la desconfianza, la crítica y también la envidia rencorosa de aquellos profesionales que fundan su práctica solamente en la rutina del método. Como la dimensión simbólica de las sociedades en que vivimos está organizada por el mercado, los criterios son el éxito y la puesta en línea con el sentido común de los consumidores. En esa competencia, la historia académica pierde por razones de método, pero también por sus propias restricciones formales e institucionales, que la vuelven más preocupada por reglas internas que por la búsqueda de legitimaciones exteriores que, sin son alcanzadas por un historiador académico, pueden incluso originar la desconfianza de sus pares. Las historias de circulación masiva, en cambio, reconocen en la repercusión pública de mercado su legitimidad.

El giro subjetivo

Hace ya décadas, la mirada de muchos historiadores y científicos sociales inspirados por lo etnográfico se desplazó hacia la brujería, la locura, la fiesta, la literatura popular, el campesinado, las estrategias de lo cotidiano, buscando el detalle excepcional, el rastro de aquello que se opone a la normalización, y las subjetividades que se distinguen por

una anomalía (el loco, el criminal, la ilusa, la posesa, la bruja), porque presentan una refutación a las imposiciones del poder material o simbólico. Pero también se acentuó el interés por los sujetos "normales", cuando se reconoció que no sólo seguían itinerarios sociales trazados sino que protagonizaban negociaciones, transgresiones y variantes. En un artículo pionero de imaginativa etnografía social,[4] Michel de Certeau presentó las estrategias inventadas por los obreros en la fábrica para actuar en provecho propio, tomando ventaja de mínimas oportunidades de innovación ni política ni ideológica sino cultural: usar en casa las herramientas del patrón o llevarse oculta una pequeña parte del producto. Estos actos de rebelión cotidiana, las "tretas del débil" escribe de Certeau, habían sido invisibles para los letrados que fijaron la vista en los grandes movimientos colectivos, cuando no sólo en sus dirigentes, sin descubrir, en los pliegues culturales de toda práctica, el principio de afirmación de la identidad, invisible desde la óptica que definía una "vista del pasado" que privaba de interés a la inventiva subalterna; y, por tanto, en un círculo vicioso de método, no podía observarla.

Las hipótesis de Michel de Certeau se han fundido de tal modo con la ideología de las historias de "nuevos sujetos" que se lo menciona poco como uno de sus innovadores teóricos (hoy se pescan más citas en el torrente de Homi Bhabha que en la historia francesa o el materialismo británico). Los *nuevos* sujetos del *nuevo* pasado son esos "cazadores furtivos", que pueden hacer de la necesidad virtud, que modifican sin espectacularidad y con astucia sus condiciones de vida, cuyas prácticas son más independientes que lo que creyeron las teorías de la ideología, de la hegemonía y de las condiciones materiales, inspiradas en los diferentes marxismos. En el campo de esos sujetos hay principios de rebeldía y principios de conservación de la identidad, dos rasgos que las "políticas de la identidad" valoran como autoconstituyentes.

[4] "Faire la perruque", en *Arts de faire*, París, Gallimard, 1980. [*La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.]

Las "historias de la vida cotidiana" producidas, en general, de modo colectivo y monográfico en el espacio académico, a veces extienden su público más allá de ese ámbito precisamente por el interés "novelístico" de sus objetos. El pasado vuelve como cuadro de costumbres donde se valoran los detalles, las originalidades, la excepción a la norma, las curiosidades que ya no se encuentran en el presente. Como se trata de vida cotidiana, las mujeres (especialistas en esa dimensión de lo privado y lo público) ocupan una porción relevante del cuadro. Estos sujetos marginales, que habrían sido relativamente ignorados en otros modos de la narración del pasado, plantean nuevas exigencias de método e inclinan a la escucha sistemática de los "discursos de memoria": diarios, cartas, consejos, oraciones.

Este reordenamiento ideológico y conceptual del pasado y sus personajes coincide con la renovación temática y metodológica que la sociología de la cultura y los estudios culturales realizaron sobre el presente. En *The Uses of Literacy*, el libro pionero de Richard Hoggart, la vida doméstica, la organización de la casa obrera y popular, las vacaciones, la administración del gasto en condiciones de relativa escasez, las diversiones familiares esbozan un programa de investigaciones futuras que tocan no sólo a los estudios culturales sino también a las reconstrucciones del pasado. Hoggart cumple ese programa en 1957, antes de que se lo presente como gran gesto de innovación teórica. En un movimiento que, en los años cincuenta del siglo XX, podía ser considerado sospechoso para las ciencias sociales, Hoggart trabaja con sus recuerdos y sus experiencias de infancia y adolescencia, sin considerarse obligado a fundar teóricamente la introducción de esa dimensión subjetiva. En el prólogo de la edición francesa, Jean-Claude Passeron alerta a los lectores que se encontraban frente a una forma nueva de abordar un objeto que todavía no había terminado de establecer su legitimidad. En 1970, Passeron todavía se siente obligado a escribir: "Es verdad que una experiencia autobiográfica no constituye por sí sola un protocolo de observación metódica ... Pero la obra de Hoggart tiene precisamente la característica, aunque la vivacidad de la descripción disimule a veces su organización subyacente, de ordenarse según un plan de observación que tiene la

rúbrica y los conceptos operativos del inventario etnográfico".[5] En una palabra: Passeron reconduce a Hoggart a los marcos disciplinarios, precisamente porque el recurso a la primera persona y a la experiencia propia podían entonces, en aquel lejanísimo 1970, dar la impresión de que los debilitaba.

La idea de entender el pasado desde su lógica (una utopía que ha movido a la historia) se enreda con la certeza de que ello, en primer lugar, es completamente posible, lo cual aplana la complejidad de lo que se quiere reconstruir; y, en segundo lugar, de que se lo alcanza colocándose en la perspectiva de un sujeto y reconociendo a la subjetividad un lugar, presentado con recursos que en muchos casos provienen de lo que, desde mediados del siglo XIX, la literatura experimentó como primera persona del relato y discurso indirecto libre: modos de subjetivación de lo narrado. Tomadas estas innovaciones en conjunto, la actual tendencia académica y del mercado de bienes simbólicos que se propone reconstruir la textura de la vida y la verdad albergadas en la rememoración de la experiencia, la revaloración de la primera persona como punto de vista, la reivindicación de una dimensión subjetiva, que hoy se expande sobre los estudios del pasado y los estudios cultu-

[5] Presentación de Jean-Claude Passeron a: Richard Hoggart, *La culture du pauvre*, París, Minuit, col. Le sens commun, 1970. Como se sabe, la colección era dirigida por Pierre Bourdieu, lo cual no deja de ser un dato importante.

rales del presente, no resultan sorprendentes. Son pasos de un programa que se hace explícito, porque hay condiciones ideológicas que lo sostienen. Contemporáneo a lo que se llamó en los años setenta y ochenta el "giro lingüístico", o acompañándolo muchas veces como su sombra, se ha impuesto el *giro subjetivo*.

Este reordenamiento ideológico y conceptual de la sociedad del pasado y sus personajes, que se concentra sobre los derechos y la verdad de la subjetividad, sostiene gran parte de la empresa reconstructiva de las décadas del sesenta y setenta. Coincide con una renovación análoga en la sociología de la cultura y los estudios culturales, donde la identidad de los sujetos ha vuelto a tomar el lugar que, en los años sesenta, fue ocupado por las estructuras.[6] Se ha restaurado la *razón del sujeto*, que fue, hace décadas, mera "ideología" o "falsa conciencia", es decir, discurso que encubría ese depósito oscuro de impulsos o mandatos que el sujeto necesariamente ignoraba. En consecuencia, la historia oral y el testimonio han devuelto la confianza a esa primera persona que narra su vida (privada, pública, afectiva, política), para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada.

[6] Para una exposición detallada de esta problemática en el campo de los estudios culturales y de la semiología (además de una completa bibliografía), véase: Leonor Arfuch, *El espacio biográfico; dilemas de la subjetividad contemporánea,* Buenos Aires, FCE, 2002.

Recordar y entender

Este libro se ocupa del pasado y la memoria de las últimas décadas. Reacciona no frente a los usos jurídicos y morales del testimonio, sino frente a sus otros usos públicos. Analiza la transformación del testimonio en un ícono de la Verdad o en el recurso más importante para la reconstrucción del pasado; discute la primera persona como forma privilegiada frente a discursos de los que la primera persona está ausente o desplazada. La confianza en la inmediatez de la voz y del cuerpo favorece al testimonio. Lo que me propongo es examinar las razones de esa confianza.

Durante la dictadura militar algunas cuestiones no podían ser pensadas a fondo, se las revisaba con cautela o se las soslayaba a la espera de que cambiaran las condiciones políticas. El mundo se dividía claramente en amigo y enemigo y, bajo una dictadura, es preciso mantener la convicción de que la separación es tajante. La crítica de la lucha armada, por ejemplo, parecía trágicamente paradójica cuando los militantes eran asesinados. De todos modos, durante los años de la dictadura, en la Argentina y en el exilio, se reflexionó precisamente sobre ese tema, pero la discusión abierta, sin chantajes morales, sólo empezó, y con muchas dificultades, con la transición democrática. Han pasado veinte años y es, por lo tanto, absurdo negarse a pensar sobre cualquier cosa, con las consecuencias que pueda tener su examen. El espacio de libertad

intelectual se defiende incluso frente a las mejores intenciones.

La memoria ha sido el deber de la Argentina posterior a la dictadura militar y lo es en la mayoría de los países de América Latina. El testimonio hizo posible la condena del terrorismo de estado; la idea del "nunca más" se sostiene en que sabemos a qué nos referimos cuando deseamos que eso no se repita. Como instrumento jurídico y como modo de reconstrucción del pasado, allí donde otras fuentes fueron destruidas por los responsables, los actos de memoria fueron una pieza central de la transición democrática, sostenidos a veces por el estado y de forma permanente por organizaciones de la sociedad. Ninguna condena hubiera sido posible si esos actos de memoria, manifestados en los relatos de testigos y víctimas, no hubieran existido.

Como es evidente, el campo de la memoria es un campo de conflictos que tienen lugar entre quienes mantienen el recuerdo de los crímenes de estado y quienes proponen pasar a otra etapa, cerrando el caso más monstruoso de nuestra historia. Pero también es un campo de conflictos entre los que sostenemos que el terrorismo de estado es un capítulo que debe quedar jurídicamente abierto, y que lo sucedido durante la dictadura militar debe ser enseñado, difundido, discutido, comenzando por la escuela. Es un campo de conflictos también para quienes sostenemos que el "nunca más" no es un cierre que deja atrás el pasado sino una decisión de evitar las repeticiones, recordándolo.

Desearía que esto quedara claro para que los argumentos que siguen puedan ser leídos en lo que realmente tratan de plantear.

Vivimos una época de fuerte subjetividad y, en ese sentido, las prerrogativas del testimonio se apoyan en la visibilidad que "lo personal" ha adquirido como lugar no simplemente de intimidad sino de manifestación pública. Esto sucede no sólo entre quienes fueron víctimas, sino también y fundamentalmente en ese territorio de hegemonía simbólica que son los medios audiovisuales. Si hace tres o cuatro décadas el yo despertaba sospechas, hoy se le reconocen privilegios que sería interesante examinar. De eso se trata, y no de cuestionar el testimonio en primera persona como instrumento jurídico, como modalidad de escritura o como fuente de la historia, a la que en muchos casos resulta indispensable, aunque le plantee el problema de cómo ejercer la crítica que normalmente ejerce sobre otras fuentes.

Mi argumento aborda la primera persona del testimonio y las formas del pasado que resultan cuando el testimonio es la única fuente (porque no existen otras o porque se lo considera más confiable que otras). No se trata simplemente de una cuestión de la forma del discurso, sino de su producción y de las condiciones culturales y políticas que lo vuelven creíble. Se ha dicho muchas veces: vivimos en la era de la memoria y el temor o la amenaza de una "pérdida de memoria" responde, más que al borramiento efectivo de algo que debería ser recordado, a un "tema cultural" que,

en países donde hubo violencia, guerra o dictaduras militares, se entrelaza con la política.

La cuestión del pasado puede ser pensada de muchas maneras y la simple contraposición de memoria completa y olvido no es la única posible. Me parece necesario avanzar críticamente más allá de ella, desoyendo la amenaza de que, si se examinan los actuales procesos de memoria, se estaría fortaleciendo la posibilidad de un olvido indeseable. Esto no es cierto.

Susan Sontag escribió: "Quizá se le asigna demasiado valor a la memoria y un valor insuficiente al pensamiento". La frase pide precaución frente a una historia en la que el exceso de memoria (cita a los serbios, a los irlandeses) puede conducir, nuevamente, a la guerra. Este libro no explora en la dirección de esas memorias nacionales guerreras, sino en otra, la de la intangibilidad de ciertos discursos sobre el pasado. Está movido por la convicción de Sontag: es más importante entender que recordar, aunque para entender sea preciso, también, recordar.